

Graziano Palamara, *En las garras de los imperialismos. América Latina en la arena internacional. De los libertadores a los comienzos del nuevo Milenio*, Planeta, Bogotá, 2012.

Max Weber quedaría sorprendido al apreciar que un investigador, como Graziano Palamara, ha podido con magistral habilidad, articular la debida objetividad científica en el análisis del creciente protagonismo internacional de los pueblos latinoamericanos en los últimos dos siglos, con la comprometida perspectiva ideológica —que con razón Antonio Gramsci reclamara a todo intelectual orgánico—, echando así por tierra la presunta “neutralidad axiológica” exigida a los científicos por el sociólogo alemán.

Como acertadamente indica Víctor Martín Fiorino en su presentación el autor presenta a “América Latina ya no como región subalterna o dependiente sino asumiendo nuevos roles de importancia creciente”.¹

En el referido libro no se está ante una nueva versión de la historia política de las confrontaciones de los pueblos latinoamericanos con los viejos y nuevos poderes imperiales en ese traumático proceso de su “malograda modernidad”² —en lugar de “pospuesta”, con el perdón de Habermas, porque no se trata de que no les tocó el turno de incorporarse a la misma simultáneamente con los países centrales, sino que estos últimos nunca hubieran sido tales de no haber contado con la periferia latinoamericana, africana y asiática, de manera que los países periféricos sí participaron en el festín del nacimiento de la modernidad, como indica Octavio Paz en su *Laberinto de la soledad*, pero recogiendo las migajas del patio—, se está en presencia ante la obra de un joven italiano que se ha desprovisto de las usuales gafas

1. Martín Fiorino, V. “Presentación” a Graziano Palamara. En las garras de los imperialismos. América Latina en la arena internacional. De los libertadores a los comienzos del nuevo Milenio, Planeta, Bogotá, 2012, p. 12.

2. Véase: Guadarrama González, P. “La malograda modernidad latinoamericana” en América Latina, marxismo y postmodernidad. Universidad INCCA de Colombia. Bogotá. 1994 p. 65-76; Humanismo, marxismo y postmodernidad. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 1998. p. 134-143; Exégesis. San Juan de Puerto Rico. Año 7. # 20. 1994. p. 13-18.



eurocéntricas para analizar el devenir latinoamericano en cuanto a la articulación de sus políticas internas y externas en el contexto mundial de los dos últimos siglos.

De ese modo ha contribuido también con este libro a desmaquillar algunas “historias oficiales”, elaboradas por expertos asesores en política internacional entrenados en la elaboración de documentos, para reuniones cumbres de presidentes, que satisfagan los deseos de los mandatarios nórdicos, en los que se evada los “temas incómodos” como la situación neocolonial de Puerto Rico, el criminal y condenado mundialmente bloqueo yanqui a Cuba, la aberrante colonización de Las Malvinas, etc.

Este libro no es una sencilla monografía para aquellos neófitos, que en ocasiones tratan de satisfacer en *Wikipedia* o en *El rincón del vago* su superficial curiosidad sobre un tema de tal envergadura, como lo son los múltiples conflictos endógenos y exógenos que han tenido que enfrentar los pueblos americanos desde la conquista europea, en especial el proceso independentista de *Nuestra América*, hasta nuestros días en que parece pendiente la sugerencia de completarla como sugirió José Martí.

El lector de este libro tendrá que ser necesariamente un interlocutor que le formule al autor “preguntas culpables”, como sugiriera Jean Paul Sartre, es decir aquellas que quien las formula ya presupone su adecuada respuesta, pero a la vez no deja de sorprenderse por la agudeza del autor, tanto en cuanto a confluencias como divergencias, y de ese modo ambos construir de manera conjunta una versión apropiada de los hechos que exigen nuevas interpretaciones como las que se argumentan en el texto en cuestión.

Tal vez Palamara asumió correctamente de manera invertida el reto de Marx, cuando sostuvo —algo exageradamente a nuestro juicio pues ni Confucio, Sócrates, Platón, Aristóteles, Tomas de Aquino, Descartes, Hegel, etc., estuvieron distanciados de la praxis política y social—, que los filósofos se habían dedicado a interpretar el mundo y lo que se necesitaba era transformarlo. El libro, por el contrario, discurre analíticamente bajo el precepto de que el mundo especialmente en su interacción para Latinoamérica, dado su creciente protagonismo internacional en los dos últimos siglos, se ha transformado sustancialmente y lo que se exige es volver a interpretarlo.

Para esa labor Palamara, acude a fuentes documentales muy disímiles, pues se nutre tanto de las imprescindibles de investigadores latinoamericanos, como de otras latitudes, especialmente norteamericanas y europeas, especialmente italianas, que posibilitan una sugerente apreciación panóptica del controvertido “mundo real ma-



ravilloso” del acontecer latinoamericano, desde la época en que se debatía hasta el gentilicio de sus pueblos, cuando Estados Unidos de América acaparó el de *americanos*, y nos dejó *ninguneados*, como dicen en México o casi anónimos por lo que tuvimos que empezar a buscar alternativas para que nos volvieran a bautizar.

Ante aquella afrenta el precursor de la independencia y la integración latinoamericana Francisco de Miranda, desde los Estados Unidos de América en 1778, propondría que todos los marginados por el naciente Tío Sam fuesen denominados colombianos, en honor al ilustre marino genovés.

El texto aunque escrito con la soltura que caracteriza al autor cuando domina el tema y produce la frecuente fruición del lector, sin embargo, le obliga a este último a detener la lectura en ocasiones y volver atrás con el objetivo de repensar de manera conjunta autor-lector la construcción común de nuevas interpretaciones más adecuadas y auténticas. Por eso solo la filigrana de un exigente ejercicio de reelaboración hermenéutica posibilitan que al final de la lectura, le lector casi se sienta tan autor como el propio Palamara. En caso de no producirse ese orgasmo intelectual se recomienda volver atrás y recomenzar a construir en común la lógica discursiva hasta encontrar el placer intelectual anhelado.

El autor, desde una perspectiva nada hegeliana de la historia, analiza el devenir sociopolítico latinoamericano a través de una conveniente, y no por eso menos controvertible, periodización trídica desde el proceso independentista hasta nuestros días, con énfasis en el creciente protagonismo internacional de esta región.

La primera etapa se termina con la I Guerra Mundial, la segunda la analiza enmarcada entre las dos grandes conflagraciones mundiales y la tercera, a su juicio, se inicia con la cuestionable térmicamente “Guerra Fría” hasta el actual mundo posbipolar. Aunque toda periodización es siempre relativa y controvertible, no cabe dudas que esta que presenta el autor se corresponde con el objeto de su investigación, pues de lo que se trata es de analizar es el papel de América Latina en la arena internacional y nadie puede poner en duda que tanto el proceso independentista como las dos guerras mundiales constituyen acontecimientos de magnitud universal en relación con los cuales las políticas latinoamericanas de un modo u otro tuvieron que articularse.

En la primera etapa se detiene su análisis ante el conflictivo despliegue de la ideología liberal y republicana que encontraría tantos frenos en las oligarquías criollas, cómplices en el afán de evitar que se reprodujera en Latinoamérica el ensayo de vecino norteamericano.



De la controversia entre los partidarios del proceso integracionista y los que lo obstaculizaban extrae la acertada conclusión según la cual: “Con la derrota del proyecto bolivariano, no caía tanto la idea de una defensa solidaria de la independencia económica y política latinoamericana, cuanto la posibilidad de tratar de intervenir en el contexto internacional sobre bases y principios innovadores para la época y en todo caso diferentes a aquellos de Europa restaurada; bases y principios de una civilización común y del respeto recíproco”.³ De manera que podría inferirse de que la frustración del proceso emancipador limitado a la exclusiva independencia política de las metrópolis ibéricas, no solo quedó menguado en cuanto a las reclamaciones de transformaciones emancipativas en el plano social para los sectores populares, en primer lugar para los sometidos a esclavitud y servidumbre, sino también en cuanto a posibilidades de que los países latinoamericanos alcanzasen de inmediato un mayor protagonismo en el plano internacional. Esta situación afectaría, aunque en grado diferente también a las élites criollas, obstaculizaría la gestación de una burguesía nacional y en general el despliegue de relaciones propiamente capitalistas de todos los sectores económicos de los países latinoamericanos, propiciando de ese modo la fagocitosis sobre ellos de los nuevos imperialismos.

Ese hecho explica lo destacado por Palamara al señalar que “Washington, si representaba una real amenaza en el área. Después de algunas señales de casi total indiferencia, maduró un claro y definitivo interés por la región comenzando por la zona limítrofe”.⁴ Ya se sabe lo vino después sobre estos países que al igual que México, según la sabiduría popular de Pancho Villa, eran pobrecitos, en el sentido de dignos de lastima, por “estar tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos de América”. La Doctrina Monroe hizo todo lo posible porque maduraran rápido la manzana de Cuba y la de Puerto Rico, para que por “fatal” ley gravitatoria cayesen en la cesta yanqui.

La “indiferencia” de los Estados Unidos ante los procesos independentistas de estas dos islas caribeñas solo ocultaba la clara intención del tigre acechante con garras de terciopelo que no duerme en la noche, esperando a su presa, —como en vibrante metáfora revelara José Martí en su célebre ensayo “Nuestra América”—, de ahí que viese el momento propicio para lanzarse en 1898 sobre ellas, con lo que quedaría marcada lo que Lenin consideraría como la primera guerra imperialista de los nuevos tiempos.

3. Palamara, G. En las garras de los imperialismos. América Latina en la arena internacional. De los libertadores a los comienzos del nuevo Milenio, Planeta, Bogotá, 2012. p. 32.

4. *Ibidem*. p. 40.



Palamara se refiere a que la política yanqui, aprendida del viejo imperio romano de “divide y vencerás” se plasmó no solo en todas sus gestiones por desintegrar en el plano político las débiles repúblicas centroamericanas, sino también en el plano geofísico con su interés de construir un canal a través de Nicaragua, finalmente logrado con el de Panamá, donde no solo se construyeron los colosales diques sino también artificialmente un país, al cercenarlo de Colombia.

Es muy común que se haga referencia a tales presuntas pretensiones “hidráulico- comunicativas” de los gobernantes yanquis en estos dos países con el pretexto de que se incorporasen al “progreso” y la vida moderna, pero poco se comenta la pretensión de hacer lo mismo con Cuba al proponerse e incluso comenzaron a ejecutar el Canal de San Roque, que dividiría la Isla en dos partes. De haberse logrado aquella nefasta pretensión, que gracias a la virilidad de muchos cubanos se interrumpió, tal vez la historia cubana reciente hubiese sido totalmente distinta y la victoria de la Batalla de Santa Clara durante la dictadura de Fulgencio Batista no hubiera tenido la significación militar estratégica que tuvo y el tirano hubiese permanecido en la separada porción occidental de la isla protegido como había sido siempre por el gobierno estadounidense.

La historia reciente de la estimulación por parte de EUA del regionalismo y el separatismo de la Media Luna en la región de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia o del Estado del Zulia en Venezuela son otras tantas muestras de que pragmáticamente no han abandonado las recomendaciones imperiales romanas.

Graziano acertadamente plantea que “como trámite de una nueva lectura de la Doctrina Monroe, Washington se aseguró ese objetivo y elevó a los Estados Unidos a policías continentales, con la tarea de llevar el orden en las finanzas de los Estados latinoamericanos, eventualmente a través de la fuerza militar”.⁵ El siglo xx está lleno de imágenes de marines, y ya no solo en Latinoamérica, desembarcando en cualquier playa para llevar para imponer la paz de los sepulcros.

La intervención militar norteamericana en 1898 en Cuba y Puerto Rico fue el toque inicial de combate del poderoso ejército yanqui para anunciar, ya no solo a Latinoamérica, sino al mundo entero que a partir de ese momento no se toleraría ningún gobierno por moderado que fuese que no confluyese con los intereses de EUA.

No debe sorprender que dentro de poco tiempo las imágenes de televisión muestren a fornidos marines imponerles a los marcianos que

5. *Ibidem*, p. 59.



asuman como mascotas políticas a un elefante o un burro, porque los Estados Unidos de América posee la patente exclusiva del “democratómetro” perfecto, para medir quienes en cualquier parte del universo se asemejan o no a lo que ellos consideran debe ser la democracia. De ahí que con frecuencia cuando hay elecciones en cualquier país latinoamericanos deben venir observadores europeos y norteamericanos a fiscalizar la claridad de los escrutinios, pero nunca han sido supervisados por observadores latinoamericanos los comicios en Estados Unidos de América. Tal vez si así hubiese sido hoy se sabría exactamente lo que ocurrió con los votos de Gore en La Florida en las elecciones que favorecieron a W. Bush cuando su hermano gobernaba dicho Estado.

Algo que tal vez le hubiese agradado al lector del libro de Palamara sería una mayor atención a la significación del pensamiento latinoamericanista y antiimperialista, no solo de José Martí y José Ingenieros que se fue radicalizado en la misma medida en se incrementaba la injerencia yanqui en los asuntos internos de los países de esta región. Una subestimación de las repercusiones de muchos pensadores y políticos, como Francisco Bilbao, Justo Arosemena, José María Samper, Justo Sierra, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, etc., —aunque es mejor no nombrar por ser tantos y existir siempre la posibilidad de no mencionar algunos— tanto del siglo XIX como del XX quienes, no obstante diversas posturas ideológicas coincidieron en enfrentarse a la “nordomía” de Domingo Faustino Sarmiento y todos los que renegaban de la estirpe indígena y la significación de la cultura latina y africana en la conformación de los pueblos latinoamericano, a la vez que arremetieron abiertamente contra las políticas de los gobernantes norteamericanos en relación a los países latinoamericanos, puede conducir erróneamente a pensar que Estados Unidos no los tuvo en adecuada consideración a la hora de disfrazar sus intenciones imperialistas e ignoró el prestigio alcanzado por la mayoría de ellos entre los sectores populares y en muchas ocasiones también en significativos grupos de las élites dominantes.

Esta primera etapa la cierra el autor con el análisis de la creciente confrontación entre los intereses expansionistas del “nuevo” imperalismo yanqui y determinados sectores intelectuales y políticos latinoamericanos que, como el caso de los argentinos, reclamarían una mayor universalidad de la consigna de “América para los americanos” y su progresiva conversión en una “América para la humanidad”.

En el estudio de la segunda etapa de la historia política latinoamericano en el contexto internacional durante el período interbélico,



Palamara presta necesaria atención primero a las mutaciones que se produjeron en los ordenamientos internos de los países, cuando los sectores oligárquicos tradicionales comenzaron a sentir síntomas de desorientación ante emergentes fuerzas sociales, especialmente la clase obrera que comenzaba a organizarse y bajo la influencia inicial de anarquistas y posteriormente de socialistas y comunistas, así como otros grupos políticos de tendencias nacionalistas y antiimperialistas que irían de forma paulatina incrementando su papel.

Destaca el impacto que tuvo tanto la crisis económica mundial de 1929 para esta región y de qué modo influiría en las nuevas políticas de algunos sectores que esgrimirían el populismo como una vía de canalizar las aspiraciones de una cada vez mayor y mejor conformada clase media, que paulatinamente iría tomando mayor importancia en los destinos políticos de la región.

Va desmadejando la compleja urdimbre que se le presenta a las distintas fuerzas sociales latinoamericanas en tiempos tan confusos de auge del fascismo y del socialismo, deformado por el stalinismo, en que los Estados Unidos de América supo aprovechar como presunto “adalid de la democracia” frente a los totalitarismos para tratar de limpiar en algo su manchado prestigio por tantas intervenciones militares en su traspasio latinoamericano.

Pudiera haber sido de interés para el lector, —cual paradoja de la historia, si se toma en consideración los miles de voluntarios españoles que vinieron a América Latina a enfrentarse a las tropas independentistas—, haber destacado la participación de numerosos voluntarios latinoamericanos que fueron a combatir, y algunos dieron sus vidas, al lado del ejército republicano en España por la libertad y la democracia frente a la variante peninsular del fascismo, bajo las banderas del falangismo. Tal vez ese haya sido uno de los mejores síntomas del creciente protagonismo de algunos sectores sociales y políticos latinoamericanos en la arena internacional, que se desarrollaría a partir de esa época.

Presenta la forma mediante la cual el ya consolidado imperialismo yanqui emerge de aquel segundo conflicto bélico mundial aparentemente como casi exclusivo vencedor sobre el fascismo —al menos así lo ha presentado hasta nuestros días los medios de comunicación masiva— pretendiendo ignorar o subestimar el decisivo papel del Ejército Rojo y de todo el pueblo soviético en general, que ofrendó cerca de veinticinco millones de vidas para liberar a la humanidad de un peligro tan grave no solo para los perseguidos judíos, sino para cualquier otro pueblo o sector social de orientación democrática.



No cabe la menor duda, lo sostenido por Palamara en el sentido de que al concluir la II Guerra Mundial: “La consolidación del panamericanismo, a pesar de los muros levantados por ciertos países, se había revelado como una de las cartas más vencedoras para la república norteamericana”.⁶ Esto en algún modo influyó en que los sentimientos de identidad e integración latinoamericana quedarían por algún tiempo sepultados por la aureola del triunfalismo yanqui, en que algunos sectores y gobiernos *nordomaniacos* no les hubiera desagradado que sus países se convirtieran en una estrella más de la bandera del poderoso vecino.

Sin embargo, tal situación afortunadamente no duró mucho tiempo y la propia política intervencionista yanqui, ya no solo en esta región sino en el Asia, el África y en especial el Medio Oriente ha contribuido en alguna medida reconocer cuáles han sido sus verdaderos intereses “democráticos” al apoyar múltiples dictaduras *fascistoides* en estas regiones, no sin faltarles las acostumbradas pedidas de disculpas *a posteriori* por estar “mal informados”.

En la tercera etapa de su periodización que considera desde la contraposición bipolar que se produce en la posguerra hasta los comienzos del nuevo milenio observa acuciosamente primero como la preocupación por la lucha contra el socialismo en Europa Oriental y la Unión Soviética hizo que los gobernantes norteamericanos desatendieran por un tiempo el ámbito latinoamericano y tras la presunta lucha contra el emerger de los nacionalismos en América Latina, en verdad la política yanqui, estuviese orientada a limitar la soberanía de estos países.

Palamara observa como en la segunda mitad del siglo XX latinoamericano se ha producido un movimiento ondulatorio de revoluciones y contrarrevoluciones, que bien podríamos considerar se corresponde con esa especie de movimiento pendular entre derechas e izquierda que ha caracterizado la historia universal especialmente desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

Valora la significación que para este período de la historia latinoamericana tuvo el triunfo de la revolución cubana y sus repercusiones para bien o para mal, por el mimetismo que en algunos casos se observó en otros procesos revolucionarios de la región.

Analiza cuanta presión ha realizado el gobierno norteamericano para crear instituciones internacionales como la Organización de Estados Latinoamericanos (OEA), las Fuerzas Interamericanas de Paz, etc., para camuflar sus intervenciones e injerencias en la región.

6. *Ibidem*.p. 115.



Detiene su atención sobre los vaivenes de los movimientos guerrilleros en la región, así como la significación de la revolución sandinista en Nicaragua y convoca a pensar en las necesarias causas de sus altibajos.

Por último, el libro muestra una marcada perspectiva optimista, como debe consecuentemente caracterizar a un joven investigador, sobre la situación actual y las perspectivas del creciente protagonismo internacional de los países latinoamericanos, pero sobre todo de dignificación de sus respectivos pueblos, especialmente en estos últimos años de democratización creciente, aunque el autor considera con la excepción de Cuba, donde a su juicio no hay elecciones libres.⁷

Por supuesto que tal usual afirmación, de los que desean ver restablecido el multipartidismo en este país, está muy en dependencia de lo que el entienda por *elecciones libre*, tal vez no muy coincidentes con la mayoría de la población cubana, al menos con la que reside en Cuba, que es la mayoritaria, y con los criterios con el aplastante consenso de los países latinoamericanos, tanto con gobiernos de izquierda, centro o derecha, y con la lógica oposición de Estados Unidos y Canadá que en el mismo seno de la OEA en San Pedro de Sula aprobaron el pleno reintegro de Cuba a esa organización, otra cuestión es que ella esté interesada o no en reingresar en dicha institución. Pero tal vez la prueba más palpable del consenso latinoamericano sobre la re inserción total de Cuba al “libre” sistema interamericano fue la recientemente fracasada Cumbre de Cartagena —precisamente entre otras cosas por el debate sobre Cuba— y que se sepa al menos públicamente ningún país latinoamericano o caribeño le ha solicitado a Cuba como precondition de su reincorporación a dicha comunidad, que realice elecciones “libres”. Además el hecho de que después de la próxima cumbre de la CELAC que será en Chile haya sido aprobado que se celebre en Cuba tal vez resulta muy dicente para los que todavía guardan algunas sospechas sobre las libertades en esa Isla.

Más allá de posibles acuerdos o desacuerdos con Palamara en cuanto múltiples cuestiones que aborda con profundidad el libro. Se podrá estar de acuerdo o no con muchas de las tesis que este sostiene, pero lo que no se deberá es ignorar a partir de ahora en la bibliografía sobre el devenir y protagonismo de los países y pueblos latinoamericanos en la arena internacional desde el proceso independentista hasta la actualidad.

Recientemente mientras caminaba por una de las calles de Bogotá con el amigo Antonio Scocozza rememorábamos aquella agónica

7. *Ibidem*, p. 201.



concepción de Hegel, quien después de haber marginado de la historia junto a Rusia y España a la América Latina, llegó a pensar que cuando llegase el ocaso de Europa habría que mirar hacia la alborada latinoamericana.

La historia actual parece darle la razón al filósofo alemán cuando cada día llegan las noticias sobre la difícil situación no solo de Grecia, España, Portugal, Italia, sino hasta de Inglaterra y Francia, etc., donde los pueblos ven fracasados sus anhelos lo mismo si votan por partidos de derecha o de izquierda. Sin embargo, en América Latina y el Caribe en la larga marcha contrahegemónica de sus pueblos coronada recientemente en la Comunidad de Estados de América Latina y del Caribe (CELAC), estos se han puesto de acuerdo en su unánime votación en la que se ha acordado no invitar nunca más a los experimentados poseedores de *garras*.

Pablo Guadarrama